

Telefotografía del Volcán Irazú

Por J. Fidel Tristán

Miembro del Personal Docente de Costa Rica

Puede decirse como regla general que las vibraciones luminosas, a medida que disminuyen la longitud de sus ondas, encuentran más dificultad en atravesar el aire. La luz roja, pasa fácilmente a través de una gran masa

de algunos kilómetros, no es transparente para los rayos que actúan sobre la placa; es decir, los azules y violetas. Con nuestra vista percibimos algunos detalles de los paisajes lejanos, porque nuestra retina es sensible al amarillo



Fotografía del Volcán Irazú, tomada de la azotea del Colegio de Señoritas, con luz visible. Los detalles lejanos no se distinguen.

(J. F. Tristán, fot. Dic. 913)

de aire, mientras que el azul y el violeta se difunden rápidamente. Una capa de aire de un metro de espesor es completamente opaca para todas las vibraciones ultra violetas. En las fotografías comunes los objetos distantes nos parecen nublados, porque la capa de aire que los separa, a veces

y al verde. Con placas ortocromáticas, sensibles al amarillo y al verde, y con un filtro amarillo se obtienen fotografías que muestran los detalles tales como los vemos.

Para la luz invisible infra-roja de cerca de 7600 unidades Angstrom, el aire es muy transparente. Fundándose

en este hecho, el Doctor Gustavo Michaud—a quien tanto debe la juventud estudiosa costarricense—aplicó por primera vez aquella interesante propiedad de la luz de gran longitud de onda a la fotografía de los objetos lejanos.

Los ensayos y experiencias fueron practicados en el Laboratorio de la Aduana en enero de 1913 y los resu-

detalles lejanos aparecieron con una claridad maravillosa.

De acuerdo con las instrucciones del Doctor Michaud, logré, después de varios ensayos, tomar las dos fotografías que se acompañan, desde la azotea del Colegio de Señoritas. La gran diferencia entre las dos fotografías salta a la vista. Representan el Volcán Irazú en un día despejado (24 - diciem-



La misma fotografía, en la que se han aprovechado sólo los rayos del extremo rojo invisible. Nótese la claridad de los detalles lejanos. Exposición: 30 minutos

(J. F. Tristán, fot. Dic. 913)

tados, que correspondieron a los esfuerzos y constancia de su autor, se publicaron en el número 2050 de *La Nature*. Acompañan al estudio tres bellas fotografías de las montañas al S. W. de San José; una, hecha con luz natural; otra, con un filtro amarillo y placa ortocromática, y la tercera, con una placa especial y el filtro del Profesor Wood, que deja pasar solamente las vibraciones del límite del rojo visible y el infra-rojo. En esta última, los

bre—1913). En la fotografía infra-roja, la claridad de los detalles lejanos es tal que el efecto de la perspectiva desaparece. En lugar de la cordillera lejana, que se observa en la primera fotografía, el Volcán aparece como una pequeña colina en la que se distinguen numerosos arbustos, que son los grandes árboles, los potreros, las cercas, los lugares cultivados y las hondonadas de los ríos. En la cumbre misma se destacan los últimos des-

montes y las rocas volcánicas del antiguo cráter del Reventado. Desde el punto de vista artístico, la fotografía infra-roja no tiene ningún valor, pero para algunos estudios científicos, la aplicación del Doctor Michaud es de gran trascendencia, pues nos permitirá tener en un espacio reducido todos los detalles lejanos. En este sentido su aplicación a los estudios geográficos será de gran importancia, ya que la fotografía ordinaria nos da sólo un perfil más o menos confuso.

La fotografía infra-roja no requiere mucho trabajo ni mayores conoci-

mientos técnicos. Las placas sensibles al infra-rojo se preparan hoy para estudios espectroscópicos y el filtro puede prepararse con una lámina de gelatina amarilla que se coloca entre dos láminas de vidrio de cobalto homogéneo y bien pulido. La duración de la exposición es variable; pero por término medio es de 25 a 30 minutos, y, por este motivo, es necesario fijar bien la cámara, para evitar los rápidos movimientos vibratorios producidos por el viento, que darían una imagen muy confusa.

Amores célebres

Chateaubriand conoció a madama de Recamier en la casa de la Baronesa de Stäel, en 1801.

Entonces Chateaubriand tenía 32 años de edad y era una celebridad literaria que imprimía rumbo al pensamiento de su siglo, de notoriedad mundial, jefe fundador de escuela, y del cual decía Víctor Hugo, calificado por él de «niño sublime», en los comienzos de su carrera de escritor, como síntesis de sus aspiraciones: «O Chateaubriand o nada». Era el poeta coronado de la prosa, —«cuyas páginas, dice una voz enemiga, son del más grande maestro de este siglo y que ninguno de nosotros, formados en su escuela, podríamos igualar aun haciendo esfuerzos imposibles»; uno de los seis pensadores que permanecían de pie ante Napoleón, «en medio del universo arrodillado», y que se creía tan alto y respetable por el poder de su pluma y la altivez de su carácter independiente, que decía: — «Desde Bonaparte, que hacía temblar al mundo, pero que a mí nunca me hizo temblar, hasta el último tiranuelo, conocido tan sólo por mi desprecio, he osado decírselo todo al que osaba atreverse a todo».

Aquella amistad, nacida al acaso, en un encuentro fortuito, renovado

25 años después en la misma casa y con motivo de la muerte de su dueña, convirtióse más tarde en pasión ardiente que lo avasallaba todo.

La Recamier reinaba entonces en los salones de París—metrópoli del pensamiento civilizado—y era la estrella de Europa, por su hermosura física y los prestigios de su cultivada inteligencia. En su salón se daban cita los primeros pensadores, príncipes y magnates de su tiempo. Ella era el centro de la sociabilidad más escogida de Europa, sobre cuyos destinos, por la calidad de sus tertulianos, muchas veces se deliberaba en su sala, y sus encantos eran tantos y de tal naturaleza que era raro el hombre que mantenía la serenidad e impassibilidad en su presencia. El Príncipe Augusto de Prusia era menos prisionero de las armas vencedoras de Jena que de los hechizos de la Recamier. Las armas aprisionaban su cuerpo, pero ésta encarcelaba, con redes invisibles, impalpables, pero más seguras que las armas, su corazón. Las cartas de Benjamín Constant—implorando una mirada de compasión, pidiendo, como por misericordia, un minuto para deleitarse «mirándola»—son como el largo sollozode un alma atormentada por un amor sin esperanza. Tenía el talento supremo de